

milan
kundera



MILAN KUNDERA
LA BROMA

Traducción del checo
de Fernando de Valenzuela

M A X I
TUSQUETS
EDITORES

Así que, después de muchos años, me encontraba otra vez en casa. Estaba en la plaza principal (por la que había pasado infinidad de veces de niño, de muchacho y de joven) y no sentía emoción alguna; por el contrario, pensaba que aquella plaza llana, por encima de cuyos tejados sobresale la torre del ayuntamiento (semejante a un soldado con su yelmo), tiene aspecto de patio de cuartel y que el pasado militar de esta ciudad morava que sirvió en tiempos de bastión contra los ataques de húngaros y turcos había marcado en su rostro un rasgo de fealdad irrevocable.

Después de tantos años, no había nada que me atrajera hacia mi lugar de nacimiento; me dije que había perdido todo interés por él y me pareció natural: hace ya quince años que no vivo aquí, no me quedan en este sitio más que un par de amigos o conocidos (y aun a éstos trato de evitarlos) y a mi madre la tengo aquí enterrada en una tumba ajena, de la que no cuido. Pero me engañaba: lo que llamaba desinterés era en realidad rencor; sus motivos se me escapaban, porque en mi ciudad natal me habían ocurrido cosas buenas y malas, como en todas las demás ciudades, pero el rencor estaba presente; había tomado conciencia de él precisamente con ocasión de este viaje; el objetivo que perseguía lo hubiera podido lograr, a fin de cuentas, también en Praga, pero me había empezado a atraer irresistiblemente la posibilidad que se me ofrecía de llevarlo a cabo en mi ciudad natal, precisamente porque era un objetivo cínico y bajo, que burlescamente me liberaba de la sospecha de que el motivo de mi regreso pudiera ser la emoción sentimental por el tiempo perdido.

Le eché otra mirada cáustica a la fea plaza y después le di la espalda y me encaminé al hotel en el que tenía reservada mi habitación. El portero me entregó una llave con una bola de madera y me dijo: «Segunda planta». La habitación era de lo más vulgar: junto a la pared una cama, en el centro una mesa pequeña con una sola silla, junto a la cama un aparatoso tocador de madera de caoba con un espejo y junto a la puerta un lavabo pequeñísimo y descascarillado. Coloqué la cartera sobre la mesa y abrí la ventana: la vista daba al patio interior y a unas casas que le mostraban al hotel sus espaldas desnudas y sucias. Cerré la ventana, corrí las cortinas y me dirigí hacia el lavabo, que tenía dos grifos, uno con una señal roja y el otro con una azul; los probé y de los dos salía agua fría. Me fijé en la mesa; no estaba mal del todo, cabría perfectamente una botella con dos vasos, pero lo malo era que a la mesa no se podía sentar más que una persona, porque en la habitación no había más sillas. Arrimé la mesa a la cama e hice la prueba de sentarme en ella, pero la cama era demasiado baja y la mesa demasiado alta; además, la cama se hundió tanto que en seguida me di cuenta de que no solo era difícil que sirviera para sentarse, sino que incluso sus funciones propias de cama era dudoso que las cumpliera. Me apoyé en ella con los puños; después me acosté levantando cuidadosamente los zapatos para no manchar la sábana y la colcha. La cama se hundió bajo el peso de mi cuerpo y yo me quedé allí acostado como en una hamaca colgante o una tumba estrecha: era imposible imaginar que en aquella cama se acostara alguien más junto a mí.

Me senté en la silla mirando las cortinas que filtraban la luz y me puse a pensar. En aquel momento se oyeron pasos y voces en el pasillo; eran dos personas, un hombre y una mujer, estaban hablando y se entendía cada una de sus palabras: hablaban de un tal Petr que se ha ido de casa y de una tal tía Klara que era tonta y malcriaba al niño; después se oyó el ruido de la llave en la cerradura, la puerta que se abría y las voces que continuaban en la habitación de al lado; se oían los suspiros de la mujer (ise oía hasta un simple suspiro!) y la declaración del hombre de que por fin iba a decirle cuatro cosas a Klara.

Me levanté y ya estaba decidido; me lavé las manos en el lavabo, me las sequé en la toalla y salí del hotel, aunque al principio no sabía exactamente adónde iría. Lo único que sabía era que si no quería poner en peligro el éxito de todo mi viaje (un viaje sumamente largo y fatigoso) solo porque la habitación del hotel no fuese la adecuada, me vería en la obligación, aunque no tenía ningunas ganas de hacerlo, de dirigirme a alguno de mis amigos de aquí con una petición confidencial. Pasé rápidamente revista a todos los viejos rostros de mi juventud, pero los deseché inmediatamente por el simple hecho de que el carácter confidencial del servicio solicitado me hubiera obligado a un trabajoso tendido de puentes a través de los largos años durante los cuales no los había visto, y eso sí que ya no tenía ganas de hacerlo. Pero después me acordé de que probablemente vivía aquí una persona a la que años atrás yo le había conseguido un puesto de trabajo en esta ciudad y que estaría muy contenta si tuviera la oportunidad de pagarme aquel favor. Era un hombre extraño, escrupulosamente ético, pero al mismo tiempo curiosamente intranquilo e inconstante, cuya mujer se había divorciado de él, por lo que yo sé, sencillamente porque vivía en cualquier sitio menos con ella y con su hijo. Ahora lo único que me preocupaba era que no se me hubiera vuelto a casar, porque eso hubiese hecho más difícil que accediese a mi petición, y fui rápidamente a buscarlo al hospital.

El hospital es una serie de edificios y pabellones desperdigados en un amplio jardín; entré en la pequeña garita que está junto a la puerta principal y le pedí al portero que me pusiera con virología; me acercó el teléfono hasta el borde de la mesa y dijo: «¡Cero dos!». Marqué por lo tanto el cero dos y me enteré de que el doctor Kostka acababa de salir hacia unos segundos y que se dirigía hacia la puerta. Me senté en un banco cerca de la salida, de modo que no pudiera pasar sin que yo lo viera, y me dediqué a observar a los hombres que vagaban por aquí con sus delantales a rayas azules y blancas, y entonces lo vi: pensativo, alto, delgado, con una cierta fealdad simpática, sí, era él. Me levanté del banco y fui directamente hacia él, como si pretendiera provocar un choque; me miró enfadado, pero en segui-

da me reconoció y extendió los brazos. Me pareció que su sorpresa era casi feliz y el modo espontáneo con que me saludó me produjo placer.

Le expliqué que había llegado hacía menos de una hora para resolver una cuestión sin importancia que me retendría aquí unos dos días y él manifestó inmediatamente su sorpresa y su agrado por que hubiera ido a verlo antes que a nadie. De repente me sentí molesto por no haber ido a verlo desinteresadamente, sin otro motivo que el de estar con él, y porque hasta la pregunta que le estaba haciendo (le preguntaba jovialmente si se había vuelto a casar) no hacía más que simular un interés verdadero, pero era en realidad fríamente calculadora. Me dijo (para mi satisfacción) que seguía solo. Yo afirmé que teníamos mucho que contarnos. Estuvo de acuerdo y lamentó no tener, por desgracia, apenas algo más de una hora, porque debía regresar al hospital y por la noche salía fuera de la ciudad en autobús. «¿Ya no vive aquí?», me horroricé. Me aseguró que sí vivía allí, que tenía un apartamento en un edificio nuevo, pero que «no es bueno que el hombre esté solo». Resultó que Kostka tenía en otra ciudad, a veinte kilómetros de aquí, una novia, que era maestra y hasta tenía un piso con dos habitaciones. «¿Piensa ir a vivir con ella?», le pregunté. Me dijo que le sería difícil conseguir en otra ciudad un trabajo tan interesante como el que yo le había ayudado a encontrar y que, por otra parte, a su novia le sería muy complicado obtener una plaza aquí. Empecé a maldecir (con bastante sinceridad) la torpeza de la burocracia, que no es capaz de facilitar las cosas para que un hombre y una mujer vivan juntos. «Tranquílcese, Ludvik», me dijo en un tono amable y comprensivo, «la cosa no resulta tan insoportable. Gasto algo de tiempo y dinero en viajar pero conservo mi soledad y soy libre.» «¿Para qué necesita usted tanta libertad?», le pregunté. «¿Para qué la necesita usted?», me devolvió la pregunta. «Yo soy un mujeriego», le contesté. «Yo no necesito la libertad a causa de las mujeres, la quiero para mí mismo», dijo y continuó: «Vayamos un rato a casa, antes de que tenga que volver al hospital». Era precisamente lo que yo deseaba.

Salimos del hospital y pronto llegamos a un grupo de edifi-

cios nuevos que emergían sin la menor armonía, unos junto a otros, de un terreno accidentado y polvoriento (sin césped, sin aceras, sin carretera) y formaban al final de la ciudad un triste escenario que lindaba con la llanura vacía de los campos lejanos. Entramos por una puerta, subimos por una escalera estrecha (el ascensor no funcionaba) y nos detuvimos en la tercera planta, donde me encontré con el nombre de Kostka en una de las puertas. Cuando pasamos de la antesala a la habitación quedé completamente satisfecho: en la esquina había un sofá-cama amplio y cómodo; además del sofá-cama había una mesita, un sillón, una biblioteca grande, un tocadiscos y una radio.

Le elogí a Kostka su habitación y le pregunté cómo era el cuarto de baño. «No es nada del otro mundo», dijo, contento por el interés que yo demostraba, y me invitó a pasar a la antesala donde estaba la puerta de un cuarto de baño pequeño pero bastante confortable, con su bañera, su ducha y su lavabo. «Al ver este hermoso apartamento suyo se me ocurre algo», dije. «¿Qué hará mañana por la tarde y por la noche?» «Por desgracia», se disculpó con tono de pena, «tengo muchas horas de guardia y no regresaré hasta las siete. ¿No estará libre por la noche?» «Creo que por la noche estaré libre», respondí, «pero antes, ¿no podría prestarme el apartamento durante la tarde?»

Se quedó sorprendido por mi pregunta, pero en seguida (como si temiera dar la impresión de que no lo hacía de buena gana) me dijo: «Encantado de compartirlo con usted». Y continuó, como si hiciese todo lo posible para no enterarse de los motivos de mi petición: «Si tiene problemas de alojamiento, puede quedarse a dormir hoy mismo, porque yo no regresaré hasta mañana por la mañana, y en realidad por la mañana tampoco, porque iré directamente al hospital». «No, no hace ninguna falta. Tengo una habitación en el hotel. Pero es bastante desagradable y mañana por la tarde necesitaría estar en un sitio agradable. Claro que no pretendo estar solo.» «Claro», dijo Kostka agachando levemente la cabeza, «ya me lo imaginaba.» Después de un momento afirmó: «Estoy encantado de poder ofrecerle algo bueno». Y luego añadió: «Si es que de verdad le resulta bueno».

Después nos sentamos a la mesa (Kostka hizo un café) y es-

tuvimos un rato charlando (me senté en el sofá-cama y comprobé con satisfacción que era firme y no se hundía ni chirriaba). Luego Kostka dijo que iba a tener que volver al hospital y por eso me introdujo rápidamente en algunos de los secretos de la casa: hay que cerrar con fuerza el grifo de la bañera, el agua caliente, en contra de lo habitual, sale por el grifo que lleva la letra F, el enchufe para el tocadiscos está detrás del sofá y en el armario hay una botella de vodka casi entera. Después me dio un llavero con dos llaves y me enseñó cuál era la de la puerta de calle y cuál la del piso. A lo largo de mi vida he dormido en muchas camas distintas y me he creado un culto especial por las llaves, de modo que las llaves de Kostka me las metí en el bolsillo con un silencioso sentimiento de alegría.

Cuando ya se iba, Kostka manifestó su deseo de que su apartamento me trajera «algo verdaderamente bello». «Sí», le dije, «me permitirá llevar a cabo una bella destrucción.» «¿Usted cree que las destrucciones pueden ser bellas?», dijo Kostka, y yo me reí para mis adentros porque en esta pregunta (formulada con moderación pero pensada con ánimo de combate) lo reconocía tal como era (simpático y cómico a la vez) cuando lo conocí hace más de quince años. Le contesté: «Ya sé que es usted un obrero callado que trabaja en la eterna obra de Dios y que no le gusta oír hablar de destrucciones, pero qué le voy a hacer: yo no soy un albañil de Dios. Por lo demás, si las construcciones que hacen los albañiles de Dios tienen paredes de verdad, es difícil que nuestras destrucciones puedan hacerles el menor daño. Pero me da la impresión de que en lugar de paredes, lo que veo por todas partes son simples decorados. Y la destrucción de los decorados es algo completamente justo».

Ya estábamos otra vez en el mismo punto en el que nos habíamos separado la última vez (quizás hace unos nueve años); nuestra discusión tenía en este momento un aspecto muy abstracto, porque sabíamos bien cuál era su fundamento concreto y no teníamos necesidad de repetirlo; lo único que necesitábamos repetir era que no habíamos cambiado, que seguíamos sin parecernos el uno al otro (tengo que reconocer que esa falta de parecido era una de las cosas que me agradaban de Kostka y

por eso me gustaba discutir con él, porque me permitía volver a poner en evidencia quién era en realidad yo mismo y qué era lo que pensaba). Para que no me quedaran dudas sobre él, me respondió: «Eso suena muy bien. Pero dígame una cosa: si es usted tan escéptico, ¿de dónde saca esa seguridad a la hora de diferenciar las paredes y los decorados? ¿No ha puesto nunca en duda que las ilusiones de las que se ríe sean solo ilusiones? ¿Qué ocurriría si se equivocase? ¿Si se tratara de valores y usted fuera un destructor de valores?». Y después dijo: «Un valor vulnerado y una ilusión desenmascarada suelen tener el cuerpo igual de mortificado, se parecen, y no hay nada más fácil que confundirlos».

Acompañé a Kostka de regreso al hospital, atravesando la ciudad. Jugaba con las llaves en el bolsillo y me sentía a gusto en compañía de un viejo amigo que era capaz de tratar de convencerme de que tenía razón en cualquier momento y en cualquier lugar, por ejemplo ahora, por el camino que atraviesa la accidentada superficie de los barrios nuevos. Claro que Kostka sabía que aún nos quedaba toda la noche del día siguiente, y por eso, al cabo de un rato, pasó de la filosofía a las preocupaciones corrientes, se aseguró una vez más de que yo iba a estar esperándolo en su casa cuando regresase a las siete de la tarde (no tenía más llaves que las que me dejaba) y me preguntó si de verdad no necesitaba nada más. Me llevé la mano a la cara y le dije que lo único que necesitaría sería ir al barbero, porque ya me hacía falta afeitarme. «Estupendo», dijo Kostka, «me encargaré de conseguirle un afeitado de primera.»

No puse obstáculos a los cuidados de Kostka y me dejé conducir hasta una pequeña barbería, donde frente a tres espejos se erguían tres grandes sillones giratorios y en dos de ellos había dos hombres sentados con la cabeza echada hacia atrás y jabón de afeitar en la cara. Dos mujeres con delantal se inclinaban sobre ellos. Kostka se acercó a una de ellas y le susurró algo. La mujer limpió la navaja con un paño y llamó a alguien que estaba en la parte trasera del local: apareció una chica con un delantal blanco que se hizo cargo del señor que había quedado abandonado en el sillón, mientras que la mujer con la que había hablado Kostka me saludó con una inclinación de cabeza y

me indicó con la mano que me sentase en el sillón vacío. Le di la mano a Kostka en señal de despedida y me senté, apoyé la cabeza hacia atrás en el reposacabezas y dado que después de tantos años de vida no me agrada mirar mi propia cara, evité el espejo que estaba enfrente, levanté la vista y la dejé vagar por las manchas del techo encalado.

Mantuve la vista en el techo aun cuando sentí en el cuello los dedos de la peluquera que me metían por detrás del cuello de la camisa un delantal blanco. Luego la peluquera se alejó y yo ya no oí más que el movimiento de la navaja sobre el cuero mientras la afilaba y permanecí en una especie de gozosa inmovilidad llena de una agradable indiferencia. Al cabo de un rato sentí en la cara unos dedos húmedos que extendían por mi piel la crema y me di cuenta de una cosa rara: una mujer extraña, que no me importaba nada y a la que nada le importaba yo, me acariciaba con ternura. Después, con una brocha, la peluquera comenzó a extender el jabón y me pareció que quizás no estaba ni siquiera sentado, sino que simplemente flotaba en el espacio blanco sembrado de manchas. Y en ese momento me imaginé (porque las ideas no dejan de jugar ni en los momentos de descanso) que era una víctima indefensa y que estaba a merced de la mujer que había afilado la navaja. Y como mi cuerpo se diluía en el espacio y solo sentía la cara a la que tocaban los dedos, me imaginé con facilidad que sus tiernas manos sostenían (acariciaban, movían) mi cabeza, como si no la considerasen unida al cuerpo, sino sola en sí misma, de modo que la afilada navaja, que esperaba en la mesilla, iba a poder coronar aquella hermosa autonomía de la cabeza.

Luego se interrumpió el contacto de los dedos y oí que la peluquera se alejaba, que ahora sí de verdad cogía la navaja, y en ese momento me dije (porque las ideas continuaban con sus juegos) que tenía que ver cuál era el aspecto de la que mantenía mi cabeza, de mi tierno asesino. Despegué la vista del techo y miré al espejo. Y entonces me quedé asombrado: el juego con el que me había estado divirtiendo adquirió de repente rasgos extrañamente reales; y es que me pareció que a la mujer que se inclinaba hacia mí en el espejo, la conocía.

Con una mano sostenía el lóbulo de mi oreja, con la otra raspaba cuidadosamente el jabón de mi cara; pero entonces, al mirarla, la identidad que hacía un momento acababa de comprobar con asombro empezó a disolverse y a perderse lentamente. Luego se inclinó sobre el lavabo, con dos dedos quitó la espuma de la navaja, se irguió y cambió suavemente la posición del sillón; en ese momento se encontraron por un instante nuestras miradas ¡y a mí me volvió a parecer que era ella! Seguro, la cara es bastante distinta, como si perteneciera a su hermana mayor, grisácea, marchita, un tanto hundida, ¡pero si hace quince años que nos hemos visto por última vez! A lo largo de esos años el tiempo ha impreso sobre su rostro verdadero una máscara falsa, pero por suerte la máscara tiene dos orificios a través de los cuales pueden volver a mirarme sus reales y verdaderos ojos, tal como los conocí.

Pero luego las pistas volvieron a complicarse: un nuevo cliente entró en el salón, se sentó en una silla detrás de mí a esperar que le llegase el turno; al poco tiempo se dirigió a mi peluquera; le dijo algo acerca de lo agradable que era el verano y de la piscina que estaban construyendo en las afueras de la ciudad; la peluquera le respondió (le presté más atención a su voz que a las palabras, que por lo demás no tenían especial interés) y comprobé que no reconocía aquella voz; sonaba con naturalidad, descuidada, sin angustia, casi burda, era una voz completamente ajena.

Ahora me estaba lavando la cara, apretaba las palmas de las manos contra mi cara y yo (a pesar de la voz) empecé de nuevo a creer que era ella, que después de quince años volvía a sentir sus manos en mi cara, que me acariciaba una vez más, que me acariciaba prolongada y tiernamente (me olvidé por completo de que no me estaba acariciando sino lavando); mientras tanto, su voz extraña seguía respondiéndole algo al charlatán, pero yo no quería creer a la voz, quería creer mejor a las manos, quería reconocerla por las manos; intentaba averiguar, según la amabilidad con que me tocaba, si era ella y si me había reconocido.

Luego cogió la toalla y me secó la cara. El charlatán se estaba riendo de un chiste que él mismo había contado y yo me di

cuenta de que mi peluquera no se reía y de que probablemente no prestaba demasiada atención a lo que él le decía. Aquello me excitó porque vi en ello una prueba de que me había reconocido y se sentía interiormente emocionada. Estaba decidido a hablarle en cuanto me levantase del sillón. Me quitó el delantal del cuello. Me levanté. Saqué del bolsillo interior de mi chaqueta un billete de cinco coronas. Esperé a que nuestras miradas volviesen a encontrarse para llamarla por su nombre de pila (el hombre aquel seguía hablando y hablando), pero ella tenía la cabeza vuelta sin prestarme atención, las cinco coronas las cogió rápidamente con toda naturalidad y de repente me sentí como un loco que da crédito a apariciones engañosas y no tuve el valor suficiente para hablarle.

Con una extraña insatisfacción salí del local; lo único que sabía era que no sabía nada y que es una gran *grosería* perder la seguridad sobre la identidad de una cara a la que una vez se amó tanto.

Por supuesto, no era difícil averiguar la verdad. Me fui con prisa hacia el hotel (por el camino vi en la acera de enfrente a un viejo amigo de la juventud, Jaroslav, que dirige una orquesta folklórica, pero, como si huyese del ruido insistente de la música, aparté rápidamente la mirada) y desde el hotel llamé a Kostka por teléfono; aún estaba en el hospital.

—Por favor, ¿esa peluquera con la que me dejó, se llama Lucie Sebetkova?

—Ahora se llama de otra manera, pero es ella. ¿De dónde la conoce? —dijo Kostka.

—De hace muchísimo tiempo —respondí, y ya ni siquiera bajé a cenar, salí del hotel (ya se estaba haciendo de noche) y fui a deambular por la ciudad.